

# manantial

IV y V-Segovia, Julio-Agosto 1928

## La novena de las brujas

por Julián M.<sup>a</sup> Otero

Fué en sábado; y, aunque no de media noche, aquella hora, entre el postrero fulgor del Sol y los primeros destellos de Venus, tenía luz de misterio que llevaba el alma a una inquietud tan próxima del miedo como del éxtasis.

Era como si del rescoldo de espantoso incendio, que hubiese purificado una nueva ciudad pentapolitana — ya en enorme montón de piedras caídas y maderos ardiendo en pié convertida, — brotase un humo que se espesase por todo el aire y lo espesase, obscureciéndolo, haciéndolo caliginoso, irrespirable, envenenador.

Habriase salvado de la catástrofe representada, y firme y soberbio, indemne, como un símbolo, triunfante del elemento que pasó arrasando, sólo se alzaba un edificio, no más que manchado por el aliento del exterminio, como una prueba que quedara acusadora e imborrable. Era una mole gigantesca, destacando fantásticamente sobre las lumbres de la hoguera que se extinguía o se alejaba; y parecía una mano ciclópea, cuyo índice inmenso, amenazando con la Eternidad, marcaba algo tan próximo que en las nubes que envuelven el camino de lo Desconocido se clavaba su punta.

Frente a la ciudad arruinada, sobre un cerro pelado, se erguían las siluetas de las cruces de un Calvario, junto a una ermita diminuta. Un caballo, más bien el esqueleto, el esquema, el espectro de un caballo, se movía, como pastando, alrededor de las cruces.

Todo era obra de un crepúsculo de agosto, rojo, rojo, póstuma grandeza de un día en que el Sol había reinado magníficamente sobre Castilla. Gran escenógrafo es el ocaso y gran teatro tiene en la ciudad y su contorno para componer diariamente decoraciones de apocalipsis. Como llamas de cirios de una procesión oscilaban las ramas más altas de unos chopos, en que prendieron las chispas de la pira diaria: Algodón de nube, en llamas; nubes en brasa, humo de nubes. Humeaban, realmente, los hornos de unas tejeras.

Visto desde el atrio de la iglesia románica servía aquel cuadro de fondo a un espectáculo inquietante. For el antiguo cementerio del suburbio — mitad atrio, mitad prado, ahora, — cubierto el suelo de hierbajos agostados y punzantes, llegaban las figuras. Aparecían no se precisaba de donde: de entre las sombras de detrás del pretil; de bajo la escalinata que arranca en la encrucijada de dos calles angostas y pendientes; del barrio misterioso, en donde ya era casi de noche. Una mujer, otra, otras, otras muchas más. Todas oscuras, miserables. Venían de una en una, algunas emparejadas, pocas veces en grupos de tres. Llegaron dos juntas, tan iguales, grises, todas grises, tan sin un rasgo que las diferenciase en algo, que el espectador creyó que vacilaba su cabeza y que en una embriaguez de hechizo veía dobles los objetos. Todas sin edad; largas y esqueléticas como pértigas,





o rechonchas y ventradas como sapos. Arrastrándose, ocultos los pies—¿pero, tienen pies?—bajo las haldudas sayas. Sus hábitos negros, pardos o grises armados, en algunas, sobre alambres y no sostenidos en hombros y caderas. Encubiertas bajo las alas de las tocas, alas de cuervo o de corneja o de abejorro, alas mal agoreras. Como mariposas siniestras de un jardín embrujado, brotaban de la sombra intensa de las callejas, donde ya era noche cerrada. Atravesaban la semipenumbra del atrio, a que aun llegaba la luz del crepúsculo que se hacía interminable, y desaparecían, atraídas por la claridad, en el pórtico del templo, pasando bajo las archivoltas de la primera puerta románica.

En el pórtico bailan una danza de retorceduras y crispaciones la luz y la sombra de dos velas. Una mesa de pino, grosera; sobre la mesa dos candeleros de altar en que se consume en epilepsias la cera de las velas. Unos cuadernos también sobre la mesa, y, además, un tintero y una pluma. Ante la mesa, en un banco arrimado a la pared, se sientan unos hombres: uno con traza sacristanesca o de curial, otro con señales de obrero en la ropa, otro sin rasgo alguno de carácter ni de posición ni de profesión.

Colgados sobre las cabezas de los hombres, en el muro encalado, hay tres estuches con un par de pendientes, un rosario de cuentas de nácar y un reloj con su cadena. En una cartulina también pendiente de la pared se lee

**R I F A**

**D E S A N R O Q U E**

Sobre la mesa hay una bolsa negra, de tela.

Una mujer de las que llegan, de cada tres, de cada cuatro, al pasar ante la mesa hacia el interior del templo, se detiene, entrega una moneda que el obrero guarda en la bolsa y dice:

—Apúntame para el rosario.

El hombre de curia, que es el que se sienta entre los otros dos, escribe en uno de los cuadernos.

Otra mujeruca dice.

—A mí también, al rosario.—Y entrega su limosna.

Y alguna.

—Ponga usted... María de Frutos, para el rosario... Remigia de Frutos, para los pendientes... Nicasio de Frutos, para el reloj. Ahí van, treinta céntimos.

En la torre toca la campana mayor.

—¿Es el tercer toque?

—No, señora; es el segundo.

Las mujeres entran en el templo, pasando bajo las archivoltas de la segunda puerta románica, luego de tomar agua bendita en una de las piletas adosadas a cada fuste.

El templo es espacioso, románico, monumental. Tiene tres naves: y bajo la triple bóveda, en lo alto de las columnas, unos seres muy humanos cumplen, por sus aberraciones o sus osadías, el eterno castigo de la contemplación universal, sujetos a la piedra por la mano segura y habilísima de un artista que los sorprendió en flagrantes crímenes.

En el presbiterio, junto a un arco hermosísimo abierto en el muro y dos veces profanado, primero, por la mano que le cegó, y luego por la mano que no se contentó con descubrirle, una imagen de San Roque espera, sobre unas andas, entre la guardia de un ejército de velas que vá encendiendo un hombre vestido con un negro ropaje talar. Le ayuda un muchacho cubierto con ropón escarlata. Aquello es un bosque de cera. Hay velas en las andas, en unas mesas colocadas delante y ambos lados del altar portátil, en la verja que separa del presbiterio el lugar para los fieles, en un banco inmediato, en las escaleras que elevan la capilla mayor, hasta en el suelo. Después de empezar a contar tres o cuatro veces, hay que desistir de saber las luces que van encendiendo. Y aun quedan, entre los innumerables candeleros ocupados, algunos sin vela.

Cuando están encendidas cuantas velas había puestas alrededor del Santo, entrará el monaguillo por una puerta abierta en el retablo del altar mayor y volverá a salir, en seguida, trayendo más velas, que pondrá el sacristán en los candeleros que estaban vacíos. Y después, se acercará a la verja alguna mujer y entregará a los acólitos una vela que trae bajo el manto. Y como no queda un solo candelero en que ponerla, será sustituida por la nueva una muy menguada de las que ya arden ante San Roque. Esta renovación se repite varias veces, muchas veces, con rigurosa escrupulosidad por parte del sacristán, que siempre quita la vela más consumida. (Hay un olor extraño en la iglesia, un olor fuerte y picante, y algo de humo, que se percibe desde que se entra).

Cuando la campana dá el último toque, está ocupada como una cuarta parte del templo; y diríase que entraron personas como para que estuviese lleno enteramente, cumplidamente. No han cesado de entrar mujeres y más mujeres, siempre mujeres, avejentadas o viejas, haldudas, en una no interrumpida fila de hormiguero que





Ignacio Zuloaga

Las brujas de San Millán

corre desde la puerta a los bancos colocados a todo el ancho de las tres naves, inmediatamente desde la verja de la capilla mayor. Es cosa que extraña y preocupa, esto de que tantas mujeres como se han visto entrar, con tantísima tela en los vestidos, ocupen tan poco sitio en la iglesia. (Y es algo muy desagradable este fuerte tufo, que aumenta, y pica en la nariz y en los ojos, arrancando lágrimas.)

Un clérigo ha subido al púlpito, ha tocado una campanilla y ha comenzado un rezo. He aquí lo que esperaba San Roque. De la fecha a dos días se celebra su fiesta, y hace una semana que el glorioso Abogado de la peste recibe todas las tardes, al toque de oraciones, desde el trono cubierto de velas, la renovación de promesas de sus agradecidos y aprensivos devotos. Es decir, agradecidas y aprensivas, porque a este culto que sostiene todo un barrio como su más firme tradición, no presta el concurso de la asistencia ni un solo hombre de los vecinos del río mal nombrado, «Clamores» por mejor nombre, arroyo con las rastreras inclinaciones de alcantarilla, fuente inmediata de epidemias y origen remoto de la devoción en la parroquia al llagado peregrino del can curandero. Tampoco a las mozas del suburbio populoso preocupa—por lo que vemos, juzgamos—la amenaza constante de los miasmas pestíferos del *agua que se queja*, de cuyo peligro evidente las librería San Roque si con fervor se lo pidiesen. Sólo alguna joven, y ésta macilenta y consumida, envejecida prematuramente, acaso sellado el rostro por las viruelas, viene entre tanta vieja a hacer la novena. Las viejas, en cambio, observan rigurosamente el voto del barrio. Aquí están—el espectador las vió entrar, deben de estar—todas las viejas del típico arrabal. Sólo viejas han venido, y fueron en tal número que no puede haber quedado ninguna de ellas sin venir. Pero es que viejas parecen en la barriada todas las mujeres, en cuanto no son muy jóvenes.

De nuevo surge la sensación. Estando en la iglesia tantas mujeres como entraron, todas las que habían entrado antes del segundo toque, mas todas las que han entrado después, y las que aun siguen entrando—algunas trayendo el exvoto de una vela, ofrecida durante el año para estos días de la novena—, la iglesia continúa casi vacía. Sólo la ocupa una espesa sombra negra que se mueve entre los bancos próximos al presbiterio, junto a las andas del Santo venerado. (Y el vapor extraño, fuerte y picante que sorprendía al entrar en el templo, se ha ido haciendo irrespirable, a medida que aumenta la concurrencia. Lo que huele, no cabe dudarlo, son las devotas de San Roque. Estas mujeres del barrio de las tejeras son las que despiden el tufo que llena el ámbito de las amplias naves. Lo comprueba el que cada vez que alguna pasa cerca, se siente envuelto el infeliz espectador en una nube deletérea.)

Y es el caso que estas mujeres, que, si no lo son, parecen todas viejas académicas de la Tercera; que agradecidas y devotas, o fervientes y aprensivas vemos ahora pidiendo a San Roque, Santo y peregrino, que las

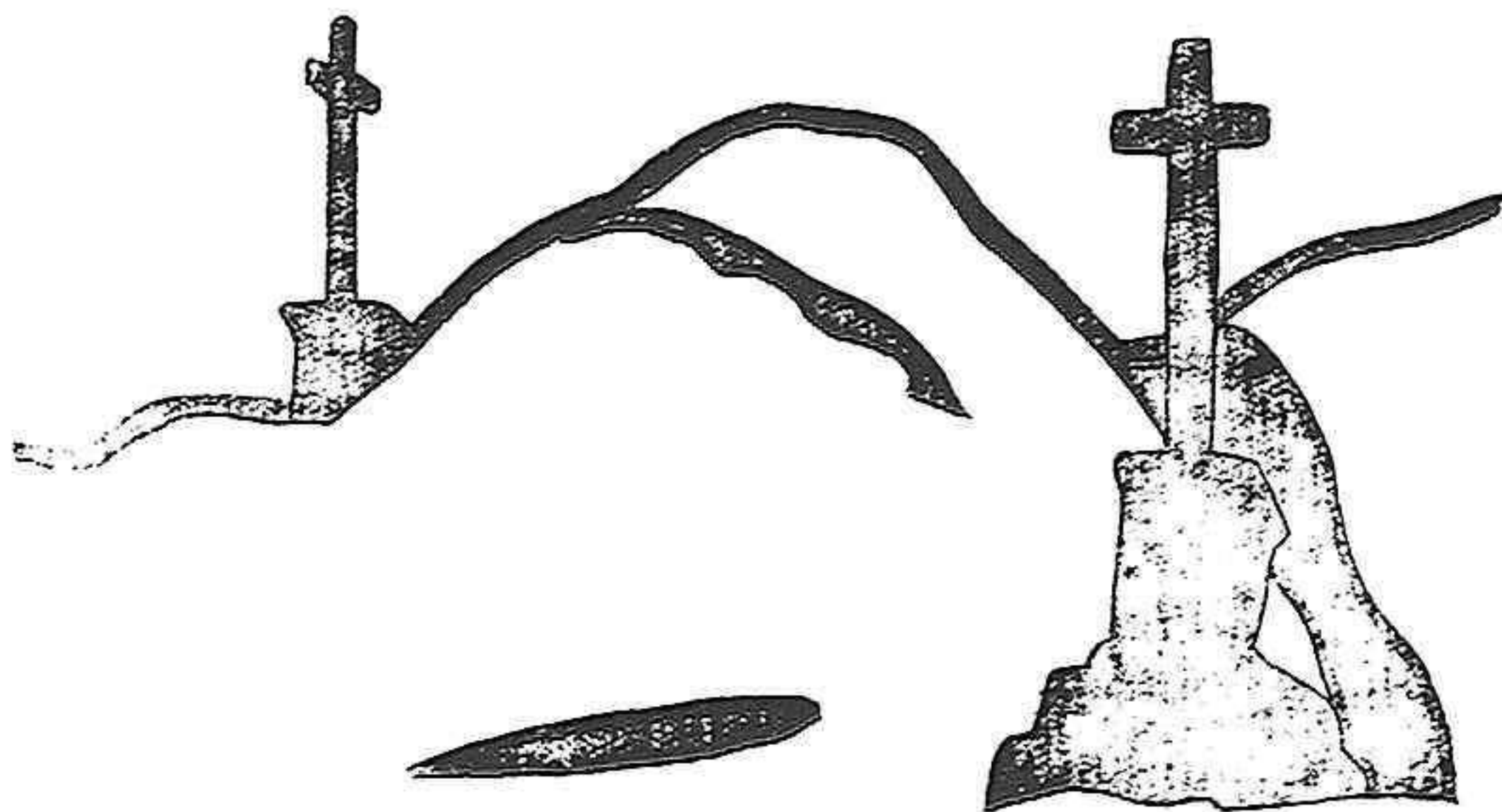


libre de peste y mal, tienen una fama que dió nombre al barrio: el barrio que fué célebre por sus fábricas, que tiene una trágica historia de un crimen horrendo y el misterio de sus huertas y de su arroyo mortífero y de sus tejeras, y que, sobre cuantas notas de carácter se encuentran a cada cuatro pasos por sus calles, es «el barrio de las brujas». He aquí explicada la sutileza y vaguedad de tantas figuras negras de mujer vieja como se colaron en la iglesia y no se las vé donde están, ni se sabe cómo pudieron colocarse en aquellos bancos que es lo único ocupado dentro de las tres naves, ni se las ha visto salir, porque por la puerta no ha salido nadie. Entonces, he aquí descubierto también el misterioso pebetero de que emana aquel tufillo endemoniado que primero hizo estornudar, después hizo llorar y ahora hace toser. Es que el espectador se ha metido en «la novena de las brujas». Como se lo dieron al barrio,—disputándose al Santo titular de la parroquia, eliminados tantos otros timbres en que fundar una denominación vulgar, exclusiva y expresiva, pero menos inquietante que ésta, y la inquietud es lo que busca siempre la fama leyendera—las brujas han dado nombre a esta novena, que es algo con tanto sabor propio como el barrio entero y como cada cosa dentro del barrio. Y qué otro olor más que de azufre se ha de respirar en donde solo hay brujas. Ante el altar de un sanador de apestados, no está mal, de todos modos, que se quemé azufre, que molesta pero purifica, y puede parecer simbólico, además...

Cuando el espectador se perdía en tales conjeturas, ha visto entrar, después de mucho rato en que nadie entraba, una negrísima figura larga, espectral, también con apariencia de mujer, más larga, más espectral y más hombruna que cuantas vió entrar antes. Y desviándose del camino que todas las sombras siguieron, como una vía misteriosa e invariable, de la puerta a los bancos delanteros, se dirige la rezagada hacia estos otros bancos donde el espectador se sienta en lo obscuro, al final de la ancha nave central. Y a poquísimo tiempo, ha aumentado con tal intensidad el tufo infernal que envuelve al espectador, que medio asfixiado vuelve la cabeza, buscando una explicación, una causa, hacia el lado de donde ha venido la tufarada densísima. Y vé, asustándose, que sin haber hecho el menor ruido al aproximarse, pareciendo imposible que haya tenido tiempo, desde que entró, para haber llegado hasta allí, allí mismo está la mujerona, arrodillada tan cerca de él que le tocan sus vestidos. Qué extraño interés,—estando más de media iglesia por llenar y enteramente vacíos un banco delante y otro detrás y sólo ocupado por el espectador, en un extremo, este banco, que es larguísimo,—venir la recién llegada a ponerse a su lado, rozando con él...

Ya iba a levantarse, receloso y algo más que receloso, para marcharse lejos de la bruja, dentro o fuera del templo, cuando, sorprendido, vé que la bruja le va a hablar, y oye como le habla. (Las palabras salen por una boca desdentada envueltas en un aliento que apesta a cebolla.)

**JULIAN M.<sup>o</sup> OTERO**



Dibujo de Arranz



# A n t o l o g í a

## Gregorio Fernández Merino

O Pastor rodeado de amarguras,  
Llégate hacia este río caudaloso  
Donde veas correr sus aguas puras.

Dexa al rebaño discurrir ansioso  
Mientras que al son de mi rabel templado  
Con mi canto te doy algún reposo.

El Pastor instruido, é ilustrado  
De la Filosofía en las razones  
Un recreo en sí tiene regalado.

Tiene mas oportunas ocasiones  
De aprovecharse de ellas, que ninguno  
Que mora en las soberbias poblaciones.

Sale el Pastor (al tiempo que á Neptuno  
Y sus Reynos Apolo dexar quiere)  
Del alvergue grosero, aunque oportuno,

Despierta sus ovejas, pues las hiere  
Los oídos con voces con que azora  
Aun al que tributar al sueño quiere.

Lo primero que mira es a la Aurora  
Que viene conquistando el Horizonte,  
Y que al fin de todo él queda Señora.

Vela tender por el soberbio monte  
La purpurea, y lucida cavellera  
Capaz de deslumbrar a Faetonte.

Ya alegre la sacude, y aligera  
Del precioso rocío, y diligente  
Prosigue lo veloz de su carrera.

Peró apenas se mira en lo eminente  
Del Apogeo, se halla sorprendida  
Del que la sigue, y zela impertinente.

Ya la capa de grana esciarecida  
Que ella prestó á los Cielos, el marido  
La dexa con sus zelos encendida.

Ya él rige al Horizonte, y presumido  
Porque pudo encontrar la dulce esposa  
Cubre á la tierra con tapiz lucido.

En su carroza alegre, y magestuosa  
Registra hasta los valles mas ocultos,  
Y en todo da una ley maravillosa.

Ni se le esconden los pequeños bultos  
Que navegan el golfo cristalino,  
Ni el pimpollo en los bosques mas incultos.

Su resplandor fogoso, y peregrino  
A todo vivifica, y dá fomento  
Y á todo al vegetar abre camino.

El Pastor que estas cosas mira atento  
Se suspende, y eleva, y con su lira  
Canta lo que discurre el pensamiento.

Dando trinos suaves corre, y gira  
Por hallar dulce pasto a sus ovejas,  
En quienes la inocencia vé, y admira.

En sus simples balidos ve las quejas  
Que forman, porque en breve no las pone  
Donde al rocío usurpen las madejas.

No hay cordero que astuto no blasone  
De buscar al exido mas ligero,  
Ni ribal que no grite, y desentone.

Pero quando gozoso y placentero  
Del prado pisa la risueña alfombra  
Calla el ribal, la oveja y el cordero.

Ya el Pastor solicita fresca sombra  
Al pie del sauce, o de la corva peña  
Desde donde al cachorro grita, y nombra.

A la voz mas sumisa y mas pequeña  
Ve que por darle gusto se deshace  
Corriendo el Prado, el valle, otero y breña.

¡Ay Damon! quan alegre se complace,  
Notando sus carreras, y sus saltos,  
Y agradecido mil cariños le hace!

¿Y qué será si de esos montes altos  
Repara los Castillos formidables  
De rigor llenos, de blandura faltos?

En ellos vé los signos mas palpables  
De la dulce, y Divina providencia,  
Y sus disposiciones admirables.

Mira en ellos de Dios la grande ciencia  
El poder, y el imperio soberano  
Con la extensión de su alta Omnipotencia.

Formados mira por su sabia mano  
Altos, é incontrastables baluartes  
Que al ímpetu detengan mas tirano.

Cifradas nota en ellos a las artes  
Y aun mas que inventar pudo el que se aclama  
Saber del mundo, y gloria de sus partes.

Digalo el elevado Guadarrama  
Puerto, que con ansiosa simpatía  
Roba a Titán la mas ardiente llama.

Díganlo los ribazos de Fuenfria  
En los que en todo tiempo ver se dexa  
El timbre blanco de la nieve fría.

A Sol sus cumbres peinan la guedeja,  
Y hacen titubear sus resplandores  
Hasta que su Cenit pierde y aleja.

Peró se venga con que sus ardores  
No dexen por el campo de su altura  
Llegar a colmo las hermosas flores.

Suple de éstas la falta la espesura  
De los pinos soberbios, y arrogantes  
Que de sí mismos forman apretura.

Ni los guerreros bárbaros Gigantes  
Que Jupiter mató con vivo fuego  
Eran tan presumidos, y elegantes.

Qual elevarse quiere con despego  
Sobre los otros, y en fatal porfia  
A sus plantas humilla á todos luego.

Qual de aquesta palestra se desvia,  
Y extendiendo a los lados su gran copa  
Priva al suelo de ver el claro día.



Qual de otro con los brazos hiere y topa  
 Las presumidas ramas, y cual gira  
 Por vestir otro con su misma ropa.

En fin por todos lados palpa y mira  
 El Pastor los recreos mas cavales,  
 Con los que el corazón canta, y respira.  
 ¿Pues que será si atiende a los raudales,  
 Que se desgajan del nevado puerto  
 Y del Eresma forman los caudales?

Bien sé que al pecho mas elado y yerto  
 Del Golfo sacarán de la tristeza,  
 Y le harán tomar tierra en gusto cierto.

La rápida corriente ligereza  
 Con que del monte dexan lo elevado,  
 Y a unirse se apresuran con franqueza:

El bullicio agradable y continuado  
 Con que uno a otro de su union el punto  
 Avisa, infunde el gozo mas colmado.

Mírales como todos un asunto  
 Proponen, y en un voto convenidos,  
 De aqueste rio forman el conjunto.

¡Qué risueños, qué alegres y qué erguidos  
 A las disformes peñas se abalanzan,  
 Forzando sus repechos mal puiidos!

Como de muchas ya la cumbre alcanzan,  
 Y otras mas valerosas se resisten,  
 Por mas que al muro con furor se lanzan;

Como ya aquella peña sola envisten,  
 Que sujeta al imperio cristalino  
 De plata, perlas al rendirla envisten!

## Egloga II

de

**La Galatea Segoviana**

y

**Pastores del Eresma**

**Poema bucólico**

En Segovia

Año 1795



# Pliego de versos

Mariano Gómez-Fernández

## Interior

1

En el cielo de los dos  
volteaban los motivos.

Aquel cartel verbenero  
entreabría los bolsillos.

Las miradas, arquitectos,  
iban horadando el nido.

2

En el cielo de los dos  
se dormían los motivos.  
Cazadoras, nuestras almas,  
les vestían de cautivos.

Enjinetados huían  
en el corcel del pitillo.

3

En el cielo de los dos  
se morían los motivos.

Las chimeneas urbanas  
se encasquetaban caminos.

El corazón:  
acerico.

## Romería

Resbalé sobre tus ojos  
y fui a caer en los brazos  
de una idea de retorno.

Sinfonía verde...  
¡quién una mirada  
tuya poseyera  
para la so!apa!

Nuestras rutas, una cruz  
hicieron en el camino.

¡Qué triste la romería!  
—incompleta  
su paleta  
sin la verde sinfonía...—

Todo te rememoraba;  
desde el río  
a la campana.

Se ha muerto tu lozania,  
gesto de la romería!...

Te vistes de negro vino.

Sin la guía de tus ojos,  
¡qué grandes tus desvaríos!

Fui mendigando, a las gentes,  
por un tesoro perdido.

Luis Núñez de Cepeda

## Ribera norte

En los mástiles del orto  
la noche templó su vela  
e inició el faro su guiño  
alterno de duerme-vela.

Se hizo más lento el aprisco  
de las olas rebaniegas...  
(Todo el cielo, sal y yodo,  
todo el mar, estrellas ciegas).

En las orillas, el agua  
tendía a secar el ruedo  
espumoso de su enagua...

Y un lucero estremecía  
con sus manos plateadas  
los pechos de la bahía.

Luis Martín G.<sup>o</sup> Marcos

## Madrigal de la frente pálida

En tu frente las estrellas  
lucharon en serpentina,  
la luna le dió su carne  
de blancuras encendidas  
y todas las rosas blancas,  
en su blanca algarabía,  
fueron también a tu pálido  
jarrón de china...

En tropel las mariposas  
fueron para ti cautivas  
en el campo de palabras,  
por la manga nacarina.

La lágrima de la noche  
saltó de la azul pupila,  
y por conservar las bellas  
rosas calientes y vivas  
posó también en tu pálido  
jarrón de china.

Frente que tiene un regalo  
—suavidad y ventolina—  
plumas de los abanicos  
de blancas velas latinas!...

### ENVIO

La celda sabe el secreto  
de cómo te martirizas  
convirtiendo en amaplas  
tus fragantes rosas lívidas...

Sor Isabel

—domadora  
de suspiros y de risas—  
22 versos te envío,  
melodías  
que engarzo al claro salterio  
de la blanca teoría.

(Para «16 muñecas de cartón»)

Mariano Grau

## Nocturno en plata

Por el cauce del camino  
la luna se desbordaba  
hacia el lago de los pinos.

¡Y tú a mi lado, mujer,  
—ojos que escarchaba el brillo—  
pisando el suelo, mojado  
de charoles encendidos...!

Delante, la lluvia tersa,  
el gotear diamantino  
del xilofón de los sapos...  
Y la música del río.

II

Mis manos, trémulas, fueron  
a desnudar tu hombro limpio  
donde la luna pondría,  
en un espumar de ritmos,

rabia de nácares puros.  
¡Mis manos bebiendo el rito!  
Se iluminaban absortas  
con corolas de caprichos.

Cuando mordieron mis ojos  
la comba de tu hombro—lirio—  
arañaron la llanura  
perfiles de escalofrío.

Y el xilofón de los sapos  
goteaba sobre el río...



Ivan de Tarfe

**Estampa de tierra**

Banderín rojo en la vía  
y luego banderín verde.  
Ahora pasa el tren del crimen  
y ahora el que esperanza tiene.

Salve tú, guardabarrera  
de ojos y cabello agreste.

La novia se decapita  
un instante para verte.  
La novia lleva la luna  
de miel, en el colorete.  
(Un pañuelo se despliega  
—enseña de paz—  
copo de nieve.)

Tu vuelves, guardabarrera,  
a la casa de juguete.

No advertiste al fogonero  
que enamorarte pretende  
requiebros lanzando al aire  
para con ellos prenderte.

La locomotora adulta  
en el paisaje se embebe.  
Ya cerrará las pupilas  
por el túnel, que es la muerte.

Salve tú, guardabarrera  
de ojos y cabello agreste.  
Tu vuelves—indiferencia—  
a la casa de juguete.

Juan Lacomba

**3 canciones de "Ausencia,"**

1

**(JARDIN)**

Ramas de luz en la tarde,  
flores de sombra en la arena,  
agua de muertos instantes  
sobre el verdín de la ausencia.

De ayer, fragante y gozoso,  
el tedio como cancela,  
nubes rosa, nubes claras  
manchando un cielo de espera.

Todos los colores vibran  
entre la tarde y se quiebran;  
hay un otoño infinito,  
denso, en los bancos de piedra.

En rueda, todos los días  
más claros, de más esencia...  
¡jardín de olvido, sin rosas  
ni risas en la arboleda!

Palabra rota al conjuro,  
sombra de lejana fecha  
caída sobre un estanque  
en extática pereza.

Todo el cielo, es el encanto  
del silencio y las estrellas.

2

**(FRACASO)**

Sombras en hueco, distantes  
armonías presentidas  
entre el volar de una hora  
aunque cercana, marchita.

Lugar de frases, que no  
llegaron nunca a ser dichas,  
extensión de lo inconcreto  
que en el alma se fundía.

Un rosario de crepúsculos  
extraños, en lejanía;  
ayer, otro ayer, la meta  
tan cercana y tan antigua.

Prieto, el color del recuerdo,  
espesándose en la herida,  
no florece un nuevo ensueño  
entre el temblor de una risa.

Aspero anhelo, inconcluso  
como el trozo de una arista  
perdida en la hora dorada  
de una tarde indefinida.

3

**(GRANADA)**

Ni el Sacromonte gitano,  
ni claveles en las crenchas,  
ni el Albaycín, ni la gracia  
en nieve y sol de la sierra.

Solo el temblor consecuente  
del agua y la nota densa  
—cobre y sangre—de la Alhambra  
enferma siempre de espera.

Y la gloria de un soneto  
—antiguo?, nuevo?—La esencia  
de una frase musulmana  
y un rezo de petenera.

**Pliego de versos**



# “Carteles,, de Segovia

## Letania al Acueducto

por RAMON

Gómez de la Serna

Espejo del paisaje. Gran galería de espejos, en que el paisaje del fondo parece el paisaje de enfrente, por como recobra más portentosa luz y profundidad.

¡Qué gran luz la del paisaje a través de esos balcones! Estamos en plena calle y, sin embargo, estamos a un lado o al otro del Acueducto; del otro lado es donde está la realidad, el espacio abierto y tendido, el campo raso, salpicado con los zumos de limón de una luz vivida.

¿Cómo vieron los siglos estos arcos? Los vieron igual que nosotros.

El aire puro de Segovia está filtrado por el Acueducto.

Los de cada pueblo buscan una puerta.

(Segovia se morirá en silencio de puro hidalga y ni siquiera llama a nadie con programa de fiestas, ni con los programas jarifos y bermejazos que anuncian las corridas de toros.)

Es la innúmera custodia de Dios.

Ya no son piedras secas las que forman el Acueducto, sino que todo él tiene un sentido de seno de piedra, de algo por lo que ha pasado la caricia de los días suavizando esa prístina dureza de las piedras.

¿Qué gran sed fué la que produjo a este monumento? Sed del picacho seco y empedernido. Toda la ciudad quería agua, la esperaba, la ambicionaba y se la trajeron por el elevado monumento. Está construido con la sed acérrima de un pueblo de brazos fuertes, de corazón alto. ¿O fué sólo la sed de un Faraón que para llenar su copa de agua puso a contribución a sus esclavos y a los vencidos para que elevasen la puente? El último día de aquellos trabajos apareció sobre el cielo el Arco Iris de la sed.

Es el megaterio de los monumentos, animal saurisco embarrancado para siempre entre dos colinas.

El fué inestable sólo el primer día y no más, pero cada día que pasa tiene mayor estabilidad como si al emplazar sus cuñas formidables el arquitecto hubiese contado con lo que con el tiempo iba a dar de sí el granito.

Primero todas las piedras fueron como muelas jóvenes que no habían tomado aún la forma de su caja maxilar. Después todas se han ahondado en su encía y se han vuelto cuñas arraigadas.

El primer día, cuando quedó por fin rematado el

Acueducto y pasaron por él las primeras aguas que sabían como a botijo nuevo, el arquitecto, cuyo traje es una incógnita y si tenía la barba puntiaguda de los egipcios o el rostro rasurado de los romanos, miró su espléndida obra como si se pudiese desbaratar y caer. Al día siguiente la vió en toda su estabilidad de siglos.

Cedazo del tiempo.

Nichal con numerosos nichos de pared para cada siglo.

Gigante ciempiés con el cántaro a la cabeza.

En sus ventanas se acoda el día sobre la ciudad y ve pasar a las criaturas.

Los borriquillos se sienten orgullosos al pasar bajo él. Los carros son como carros de combate que pasan, carros romanos.

Todos los días en su paso de oriente a occidente han pasado por él.

Sobre nuestra muerte—no cabe duda—seguirá siendo el puente del tiempo, el puente de las otras vidas, en el mismo tránsito.

Es insultante su perennidad. Hay momentos en que se le quisiera echar la zancadilla, quebrarle las piernas con el bastón.

Dan ganas de escribir nuestro nombre en sus piedras, para pasar a la inmortalidad. Sería el vehículo más seguro.

Parece una cacera, una cervatana, una sangría hecha en las mismas nubes, para surtirse directamente de ellas.

Es como la pared del balconaje postrimero del gran asilo de la ciudad, o como el murallón del gran cuartel histórico incendiado. Parece también el resto del anfiteatro más grande o de la plaza de toros más monumental, la plaza de toros en que se toreó al mamut. En una palabra: es el paredón que resta de los primeros siglos.

La idea del tren se une a él, y quizás pasa por sus alturas un tren especial, el tren expreso del cielo, tren caprichoso que va haciendo ziszás por las numerosas bocas de los túneles claros, ¡porque hasta el tiempo y las estrellas hacen volatines, caprichosos números de circo en el gran aparato!

Le crecen tupés que son grandes matojos como arbustos incomparables con las yerbas de los aleros.



¡Cómo hubiera querido abrazarlo una enredadera! Pero no hubo enredadera que lo pudiera abrazar.

¡Qué paradoja! El agua pasa el puente en vez de pasar el puente al agua.

Gran cuadrícula para dibujar las ciudades en el lienzo mayor.

Gigante en zancos.

La luna lo enhebra constantemente, lo ha enhebrado en miles de veces, tanto que quizás eso ha servido para coserlo al cielo, para darle estabilidad.

¡Balcones sin balastrada! ¡Miradores sin cristales!

Luce una mata de estrellas en cada mampara. Las célebres estrellas son sus célebres vistas a través de él.

¿Cuál es el reverso? Es el monumento sin reverso.

Gran cordillera de arcos.

Es el verdadero testigo imparcial. El por sí mismo no ve nada. El sirve de quevedos, de lentes al tiempo, de tal modo, que hay noches de esas de luna muy clara que, leyendo en la noche a través de él, tenemos la seguridad de que si la luna fuese más cernida veríamos el pasado.

Sólo el agua le ataca, sólo la lluvia ha hecho canales en sus piedras, algo así como torrenteras de barranco.

Se ve lo alto que cabalga el monumento cuando se le ve sobre los que cabalga. Parece estrecho por lo desproporcionadas que son sus piernas, pero pueden pasar—pasaron los altos carros de guerra—todos los carros y aquella magnífica carroza del Rey Grande, cuyos diez y seis caballos detuvo el cochero, haciendo los dengues del que cree que no va a poder pasar, sintiendo después la vergüenza de ser tan pequeño al pasar bajo el arco.

Peinaron todas las comitivas estos arcos, que son como el innumerable arco de triunfo para los pueblos, para todo héroe anónimo, para todo aquél en el que sea heroico de algún modo el sentido de la vida. Por eso los hidalgos toman actitudes de reyes al pasar bajo sus arcos y se embozan en sus capas con igual orgullo. Tiene casilleros para el vasto pensar en los grandes hombres.

Nada le parece grande ni pequeño. Sólo tembló cuando los astrónomos anunciaron el fin del mundo, pero ya tampoco les va a hacer caso.

Gran acantilado del tiempo.

Pasadizo para los aeroplanos.

Clasificador y soporte de las ondas hertzianas.

Entrada al castillo inmenso.

Gran peine de los ejércitos.

Fielato de la fatalidad que intenta borrar todas las ciudades.

Distribuidor de la perspectiva.

Gran muleta del cielo.

Aparato maravilloso para nivelar al hombre del valle de las montañas.

Soportales máximos.

Puente por cuyos ojos pasa el caudal de las vidas que van a dar en el mar.

Almanaque de muchos millones de hojas.

Montaña más que monumento, montaña a la que apenas roza el tiempo.

Rascacielos primero.

Cien ojos eterno.

Andamiaje para revocar la bóveda azul del cielo.

Espadaña para todas las campanas del mundo.

Es el gran río de los siglos, pues las aguas de los ríos reunidas, son como un caudaloso río inacabable.

¡Qué haya llegado a ser monumento de las naciones una cañería o un encauce!

Paradójico puente por el que pasa el río.

Portalada del gran Seminario, del que todos somos seminaristas.

Portada del perenne edificio del breve internado en la vida.

¿Nosotros qué hacemos aquí entre estos dos paisajes que se miran eternamente, como eternamente todos los paisajes están mirándose?

Ninguno es nuestro papel frente a esta faz de calavera de la que no quedan sino las anteojeras monumentales, la mascarilla inmensa.

Ha dado permanencia a Segovia... Si no hubiera sido por él, si él no hubiera estado erigido, hubieran llevado a Segovia a otro sitio; quizá ya no habría necesitado estar tan ingente... Señalaba y señalará siempre el lugar de una gran ciudad por mal que la vaya y contendrá a toda la ciudad en su sitio con sus piedras fijas.

Da categoría al que pasa bajo los arcos y es como la máquina de elevar el hombre a una alta potencia.

Está más cerca de las montañas que de las arquitecturas.

Hasta sobre los que murieron debe estar grabado.. Fué el único sello que les grabó bien la vida.

Tiene tristeza de asilo... Es el asilo de los siglos.

Tiene la primera palidez Septembrina... ¡Porque cómo coge los días pálidos!

¡Gran muro de la casa de Castilla!

¡Gran galope de piedra que cruza el valle!

La ciudad del gigante o del ciclopedismo era Segovia por aquella entrada.

Estoy, he llegado, estuve, gracias a él... Soy como hombre del pasado... Alarga mi vida hacia el pasado y la alarga hacia el porvenir... ¿Qué es una boda para él...? Como un bautizo o como el último momento en que el duelo de los entierros se despide a sus pies, en cuanto se ha pasado su límite, como si él señalase el límite del mundo.

El que ha hecho esto es como si hubiese hecho un Zodiaco, un Ecuador o cosa por el estilo, con más realidad que ninguna.

Todos sus grandes ojos me miran y me comprenden y yo soy como perro que no acaba de comprenderle, ni alcanzo lo que significa la luz de vida que hay detrás de él.

Tiene una cosa de ferrocarril de piedra, de ferrocarril de sí mismo en un viaje perpetuo del pasado al porvenir.

Tiene un pan de piedra para cada año durante muchos.

¡Oh, mortal!—dicen todas las exclamaciones que hay en sus ojos y con eso absuelven de esperar mucho de la vida porque ya eso es decir bastante.

Y todo él clama por su arquitecto.

¡Cómo quiere decir quien fué! No tiene más nombre en su frente y tiene la desesperación del mudo que guarda y quiere decir uno de los más grandes secretos del mundo.

Es el viaducto del cielo, el viaducto para Dios.

Gran fachada construída para aprovechar el canalón de su alero.

Sus piedras berroqueñas, dicen con su color sombrío: «¡Gracias a que somos muy resistentes hemos sufrido todo lo que hemos sufrido!»

Es el monumento que se ha salido del tiempo, que se ha quedado extramuros del tiempo.



# A N T I B I N A

de

## «manantial»,

IV-V

1928

### Elogio

Ya sólo falta el banquete al viajero desconocido. El viajero desconocido llega todos los días y se va todos los días. Sabe, pues, irse a tiempo, y ésto no deja de ser un mérito. Por este solo mérito, siquiera, es digno del homenaje. Otros viajeros llegan y se quedan, o se empeñan en quedarse. Pero esta casta de viajeros no nos interesa. Estamos en el secreto. Un secreto a voces. De veras no nos interesa. En cambio el viajero desconocido...

Al viajero desconocido sólo se le conoce en que no se le conoce. Gran ventaja para andar por el mundo. No presume más que de kilométrico y de su retrato pegado en el carnet. Sus ambiciones son cortas: llegar; ver, ver, ver: mirar las cosas, no el espejo; escuchar la música, no los ecos; conversar con «la ciudad», no con la autoridad competente y de tanda, ni con los guardias y alguaciles; visitar archivos y museos, no agencias ni oficinas. Y no hablar aquí nada de aquí. Y no perder nunca el tren que le ha de llevar a otra parte, aunque haya estaciones con parada y fonda. ¡Looor al viajero desconocido! No es turista ni viajante en turismo. Sabe llegar y marcharse. Y soportar los malos hoteles, y el mal empedrado. Y hablar bien de aquí, pero fuera de aquí, en su pueblo, en su casa, desde su cuarto de estudio que, a lo mejor, tiene balcones a todo el mundo. Jamás será un *parvenu*. Nunca habrá para él un: «Han llegado»... Y, a lo mejor, se llama Waldo Frank, o Schulten, o Cottet, o Frankes, o Martín Noel, o Pío Baroja, o «Azorín».

### El raíd literario de E. Giménez Caballero

El director de la «Gaceta Literaria» ha recorrido Europa, dando conferencias sobre la nueva literatura española, estudiando la propagación de nuestros libros en el extranjero, preparando un congreso de periódicos literarios. Hay que destacar este hecho, que marca una dirección nueva de nuestras letras. La generación del 98 nos descubrió a Europa, librándonos del provincianismo de los escritores del ochocientos. Hoy, tras rápido giro, exportamos literatura con la figura universal de RAMON, con el prestigio sólido de Giménez Caballero. Las nuevas voces españolas se oyen en los medios selectos de Europa. Aunque los resentidos traten de empequeñecer algo que es joven alegría nacionalista.

### Valencia, ya

A Valencia llegó la marea alta de la nueva literatura. Al mando de Juan Lacomba, varios jóvenes escritores, percatados de la importancia que en este momento alcanza el dinamismo y la actuación eficiente, han organizado en la capital mediterránea una «1.ª manifestación valenciana de arte joven», en la que coadyuvan Luciano de San Saor, Jorge Guillén, García Lorca, Beltrán, Benet, Cuñat, Gaspar, Domingo, Lahuerta etc. Piden su colaboración a todo el arte joven.

Lacomba, en el folleto de propaganda, expone el punto de vista del grupo que capitanea. No hay que decir que nuestra adhesión es entusiástica.

Suponemos el dique de escándalo, palabrotas y reprobaciones que se opondrá a tan admirable intento, por parte de los fósiles del fracaso y de la incultura. Pero el buen viajero, que ama su camino, desoye ladridos y sigue adelante.

«manantial» se ofrece de todo corazón a los jóvenes artistas y poetas valencianos.

### José Ansaldo, el piloto-poeta

A «manantial», le estaba reservado el exquisito placer de descender el velo de lo incógnito que celosamente guardaba uno de los poetas más interesantes de la actual generación. Todos habéis oído hablar de José Ansaldo y casi todos le habéis visto hacer maravillosas cabriolas en su avión ligero, describir en el aire esotéricas estelas.

La Fama, divulga sus audacias de Tizzi Aza y sus diletantismos pacifistas, de piloto de línea. Un delicioso humorismo de señor del aire, le ha traído por los feriales castellanos y su popularidad, la popularidad de los cuellos estirados y las miradas puestas en lo alto, la popularidad a la que se le para el corazón y prorrumpe en un aaah!—válvula de la pesadilla—es definitiva.

Pero, lo que no se sabía, más que vagamente; lo que averiguó una noche Chaves Nogales y no pasó más allá de los linderos de un menú—exquisito por cierto—, es que José Ansaldo, es tan poeta como piloto, o tan piloto como poeta: El *piloto-poeta*, en estos tiempos del *pastor-poeta*, etc., etc., etc... ¿Quién podrá disputarle en las redacciones de las revistas de vanguardia, esta superintendencia de la poesía de las nubes, el control de las hipervisiones que tuvo Einstein en el encerado de su cerebro y que sólo él, en las raudas deformacio-



nes del paisaje y en las proyecciones del vuelo de altura, ha podido conseguir sin desdoro de una sensibilidad, a ratos parnasiana y a ratos simbolista? Hay en el *piloto-poeta*—la aviación es un juego de niños, tras el balón de una nube—momentos en que su alma de cantor popular se muestra joyante y espontánea:

Caminito de Tablada,  
una mañana de Mayo,  
iba yo por entre nubes  
conduciendo mi aeroplano.

El vuelo, nos lo describe José Ansaldo, con un onomatopéyico esquema:

Pschf... Pschf... Pschf...  
Trom... Trom... Trom...  
Voe oe oe oe oe...  
Sale el avión!

Flecha de la aljaba!  
Motor de explosión!  
La palanca al pecho,  
sube el avión!

Las nubes divagan...  
Plenitud de acción!  
Euforia!... Eutanasia!...  
Vuela el avión!

Como el lector verá, Ansaldo es un Marinetti, que hubiera cambiado el *lift* de un rascacielos por un *Junkers*, con motores L. 5 o por una avioneta Havilland Moth. Como en breve ha de aparecer el primer tomo de poesías del *piloto-poeta*, abandonamos, por hoy, al águila rimador, que tan pronto suelta en el espacio la rima homicida de la bomba, como la rima viviente del paracaidista o la otra rima, imperecedera, de su inspiración.

## Notas de Arte: Pintores setabenses

Pintor es el que sabe *ver* las bellezas del color y la forma que ofrece la Naturaleza.

Sin esto no puede haber pintor.

Todo lo demás: la reacción personal ante estas bellezas; las facultades constructivas o de imaginación para elaborar combinaciones arbitrarias con los elementos captados; y el dominio de los medios de expresión para plasmarlas en el lienzo, son de orden secundario; pertenecen más bien al cultivo técnico, y no faltan cuando se da la anotada primera condición. No así a la inversa.

En poesía se distingue entre poeta y versificador. Otro tanto puede hacerse en pintura. Quede apeado el campo en espera de la palabra feliz que lo cristiane.

Pero el medio provoca la función y ésta crea el órgano.

Por eso Játiva ha sido y será tierra de pintores:

a) por su luz de miel—rubia, espesa y dulce—(ojo con dulzores de la miel, que luego producen ardores de estómago, y también disentería)

b) y además es pintoresca—léase esta palabra en su—estrecho—valor pictórico, es decir, atectónico.

Dos pintores setabenses han expuesto recientemente: Guiteras en Valencia y Perales en la misma Játiva.

Guiteras, paisajista, además de pintor es literato. Tiene publicados algunos libros en prosa y verso. Todo ello en tono menor como cumple a un exquisito. Su formación cultural es rigurosamente universitaria. Hoy apenas escribe porque la pintura llena todo su tiempo. En sus cuadros refleja el cultivo de su espíritu, y él, que quedó—rezagado—entretenido en las frescas y verdes riberas impresionistas, ha sabido plantarse de un salto en las avanzadas post-expresionistas. Su fórmula plástica tiene: Una constante: Objetividad. Y dos variables: Sus sueños de poeta y sus cerebraciones conscientes. Pasó por Roma y París. También pintó en Segovia. El público catalán le conoce y a la próxima temporada piensa exponer en Madrid. Su éxito en la corte está descontado porque a lo dicho hay que añadir la claridad de su sintaxis pictórica que siempre se ofrece en fluencia directa.

Perales es pintor—estrictamente—y nada más que pintor. Su miga es apretada por ázima. Tiene veinte años. Cuando fermenten levaduras que incorporará—con el tiempo—irá desdoblado sus posibilidades y esponjando la masa. Una advertencia al joven pintor: cuidado con los bizcochos que de tanto que suben no saben.

E. MARTINEZ MORA

## L I B R O S

CÉSAR M. ARCONADA: URBE.—Imprenta Sur, Málaga.—1923  
La moderna falange de jóvenes poetas, despreciadores del campo, de la primitiva belleza natural: madre, norma y motivo de todas las artes y de todas las ciencias; la moderna falange de jóvenes poetas aman la ciudad y su artificio, nueva musa, en verdad, de escasas posibilidades poéticas. La mayor parte de la producción literaria del último momento, peca de una absorción—intoxicación—de mecanismos, volúmenes, deportes, etc. El nuevo lugar común se repite. De su molde matriz ha salido, tan flamante, el tópico del día: Tiempo y Espacio en un sentido vago, pero eufónico, quieren dar un poco de meollo al atónito muñeco ciudadano. Y esta diminuta filosofía es como el fino papel de seda que envuelve cualquier manufactura de pacotilla. Los asuntos eternos no envejecen; antes bien, nacen todos los días en el alma del Poeta. La cuestión estriba en darles transcendencia. Para nosotros, en cambio, un buen rascacielos vale tanto como un chaqué bien confeccionado.

Ahora bien, el verdadero poeta es un mágico prodigioso: cuanto piensa lo ennoblece; cuanto toca lo viste de belleza. Porque el quid divino es esto: mentalidad para elevar a altas categorías artísticas temas triviales o feos.

Y he aquí, de repente, sugestionándonos, el libro de César M. Arconada: URBE. Lo ha escrito un poeta, un poeta de cuer-

po entero. ¿Qué es URBE? URBE es inquietud, curiosidad, cultura, modernidad—no modernismo—y, además—qué raro, ¿eh?—... ¡poesía!, poesía en todo y, sobre todo, en los dulces versos *rojos—azules*, algunos, de tan dulces—que acompañan el estrépito urbano de los 29 poemas del libro de Arconada.

Nuestro poeta es dueño de la imagen. Hemos subrayado muchas. He aquí tres muestras:

«Las manos  
en el horóscopo del volante»,

(hablando de un paseo en automóvil en *Alegretto de la velocidad*).

«Balan en torno rebaño de bocinas»

(*Menosprecio al árbol urbano*).

La noche está tendida en el asfalto,  
traspasada de luces».

(*Canción de amor en un taxi*).

Esperamos de Arconada poemas de «extramuros» o de «extrarradio». Pero sin taxi: andando o cabalgando. Ya tiene voz propia para cantar donde y como le plazca.—C.



TEÓFILO ORTEGA: LA VOZ DEL PAISAJE.— Edición «Parábola»; Burgos, 1928.—Jorge Manrique y, más que él, sus profundas coplas, son tema de primer orden para hacer pura literatura filosófica o pura filosofía literaria. Si el glosador es Teófilo Ortega, bien podemos asegurar que la evocación y la sugerencia abrirán en nuestro espíritu cauces de honda inquietud.

La Vida y la Muerte juegan continuamente en las letras universales. El Eclesiastés, el Kempis, cuantos libros estilizan el asunto en un sentido estrictamente místico o religioso, parecieron agotarlo; pero el arte, por ser arte, en la hondura de la alta noche hace surgir auroras inesperadas y presentar nuevas facetas al negro diamante de nuestro devenir. En «La voz del paisaje», el ya celebrado autor de «El Amor y el Dolor en la tragicomedia de Calixto y Melibea», glosa, comenta, medita y expone a la consideración del lector el eterno conflicto entre la aspiración del espíritu y la gravedad que lo ancla y lo lastra a este suelo donde, acabándonos, vivimos; donde permanecemos, para emprender el tránsito indefectible.

Bellamente escrito, es grato manjar el libro de Ortega. Un despacioso paladeo de sus mejores capítulos descubre matices, atisbos y rasgos dignos de la fina sensibilidad del autor.

Como el gran «Azorín» Teófilo Ortega espiga en los clásicos. El fruto de su búsqueda siempre es interesante, maduro de *vieja novedad*.

Desde el principio hasta el fin sostiene, rigurosamente definida, la personalidad del literato palentino, personalidad vinculada a una prosa clara, rica y noble, construida de un modo acabado.

José María Salaverría prologa el libro con su habitual efusión introductora, y M. Méndez lo ornamenta con deliciosas viñetas y modernas iniciales.

«La voz del paisaje» inaugura el ciclo editorial de nuestra fraterna «Parábola». Felicitamos—por todo—a Eduardo Ontañón, el buen camarada burgalés, y le deseamos el lisonjero éxito que su admirable esfuerzo merece.

Y a Teófilo Ortega, colaborador—desde hoy—de «manantial», nuestros plácemes.—A. C.

PABLO DE ANDRÉS Y COBOS: UN VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. (MEMORIA), Segovia, 1927, Imprenta provincial.—¿Quién es Pablo de Andrés y Cobos? Pablo de Andrés y Cobos es maestro nacional; ejerce en San Ildefonso. Pudiera ser—mejor que muchos—catedrático y ejercer donde conviniese a su inteligencia y cultura. Pensionado por la Diputación provincial de Segovia para estudiar las escuelas de España, ha recorrido Madrid, Barcelona, Zaragoza, Bilbao y Valencia. Fruto de este viaje—fruto maduro, «hecho»—ha sido la admirable Memoria que comentamos.

Don Blas J. Zambrano, nuestro amigo *fundamental* e ilustre pedagogo, dícele a Cobos en un «Juicio preliminar»:

«Libros como tu Memoria hacen falta en un pueblo que quiera *saber ser práctico*».

Y más adelante:

«Has hecho bien en prescindir de las célebres «conclusiones», nulas, si no concluyen, y malas también, si concluyen demasiado, si cristalizan los juicios en normas inmutables, a no ser que la cristalización fuera (cosa imposible en un trabajo de esa índole) una ingente cordillera diamantina, un sistema filosófico.»

En efecto; Cobos observa, medita y comenta someramente. No comete la fatuidad de consignar conclusiones generales, y este es su mayor acierto, puesto que el maestro debe modificar su método conforme a las condiciones psíquicas, intelectivas y patológicas de cada educando.

¿Adjetivos? Sigamos copiando a Zambrano: «... perspicacia, plasticidad mental, madurez crítica... «inteligencia ágil y aguda, fina sensibilidad, buen gusto y esa serenidad aristocrática a que alude la clásica divisa *nihil admirari*.» ¿No es bastante?

Felicitamos a Cobos de todo corazón. Su libro ha suscitado discusiones, enojos, críticas... Mejor: buena señal de que su autor no es un «parvenu» en estas altas cuestiones, que parece

mentira se tomen—a veces—en sentido meramente anecdótico. Y la anécdota—lo pintoresco—es sólo el cobertor de la inopia. ¡Manes de Siurot!

C.

«RAFAEL LAFFÓN: «SIGNO + ». Colección *Mediodía*. Sevilla.»

Más versos que poemas. Intención pura y transitoria: una cruz aditiva — + — en la pizarra absoluta. Odio lírico a lo estricto, fervor hacia lo imprecisable en límite («agua sin término—en esfera—: agua, núcleo del agua; aguacélula»). Laffón se construye una categoría, un sistema poético para él sólo. Emoción casi medular. Humo de humor («optimismo de ser hoy, por la razón de ser mañana»). Descoyuntado cabrioleo de metáforas.

Acierto máximo: «DE BURO DE GRAN EMPRESA.» («Lira de acero», triunfo del futuro para la boca—*lápiz fresca*—de la señorita *meca*.)

En «FORMA», por exceso, se asoman voces demasiado próximas, desenmascarables.

Pulso: de poeta. Andalucismo: evidente.

(Una loa final a la gozosa impresión del libro: tipografía de Manuel Carmona).

LUIS MALDONADO BOMATI: «SURCOS» (poemas biselados).—Pub. del Liceo de las Artes. Salamanca, 1928.

Dos zonas líricas zanján el libro: la primera—hasta BISEL—casi de iniciación, de emociones aún titubeantes, donde sobrenadan ciertas influencias. Pero la feliz expresión descriptiva («chopo: trompero del viento») y la coherencia—metálica—del poema «El parto de la tierra» hacen presentir al otro Luis Maldonado, al de la segunda parte—desde BISEL—. Hay muchas cosas: Retina herida de gracia («el cielo—crucero de agua dulce—enjabona las barbas del mar negro»). «Y vuelve el mar a estarse solo y mudo—patéfono sin cuerda—». Sobrio y enjundioso patetismo («la tristeza de la tarde se desplomaba en un banco» «la tarde se malhería con la navaja de un charco»). Sabemos de los «renacuajos, estudiantes de ocarina» y del logro admirable del poema VELA. Colmado de sentimiento, de ironía y de color el tríptico CATEDRAL dá cima al sabrosísimo volumen.

Nótese: «El espejo: agua tersa, rota en triángulos», «el montón de ángulos» bajo el que yace la tarde, el campanario roto en «sonoros poliedros», Sor Susana: «geometría de almidón», las casullas unidas «en equilátero»... revelan una vocación por la metáfora lineal que es otro de los más originales aciertos en el estilo fecundo de estos SURCOS labrados con la más nueva y segura de las aradoras.—MARQ.

PABLO DE ROKHA: «SURAMERICA».—Santiago de Chile. 1927.

Un libro en papel negro, con letra manuscrita—trazo de yeso—sin puntuación alguna. Lujosa edición (con admirables grabados en madera) de 150 únicos ejemplares. El texto: una epopeya de lo subconsciente, un largo enlace de imágenes, de sensaciones—múltiples, diversas—saltando, con valiente brío, sobre la gramática y la lógica.

«... nunca atardecer municipal, literatura de alquiler»... «la oscuridad soberbia rigiendo las metáforas que son caminos que son sentidos que son estilos»... Esto dice el autor.

«SURAMERICA» como poema en línea recta, como manifestación audaz y simpática de un «ismo»—algo anticuadillo en Europa—es obra que colma la intención de avanzada literaria hoy dominante en la joven poesía chilena.

WINET DE ROKHA: «FORMAS DEL SUEÑO». Santiago de Chile: 1927.»

Una deliciosa «plquette» en la que Winett—pura grabadora del libro de su esposo Pablo—se nos muestra como poetisa de aliento en un largo sueño sin forma, transido de metáforas apasionadas y de auténticas palpitaciones femeninas.



## R E V I S T A S

CARMEN. NUM. 6-7. JUNIO 1928.—Bajo signo azul, envía su doble número final la revista poética de Gerardo Diego. ¿Final? «Carmen» no nos lo dice. Si para la poesía, tan lejos de la democracia, valen los sufragios de los lectores, seguiremos recibiendo estos bellos cuadernos literarios. **manantial** acude al plebiscito con su voto de entusiasmo y proselitismo.

Los originales de la entrega 6-7 de Rafael Alberti. José M.<sup>a</sup> de Cossío, Luis Alvarez Piñer, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Juan Larrea, Francisco Martín y Gómez, Max Aub, Jorge Guillén, J. Romero Murube, José María Quiroga Pla y Gerardo Diego, son presididos por las páginas de Antología de don Juan Jáuregui y don Gabriel Bocángel.

LA GACETA LITERARIA.—La actualidad de las letras no decae en el paréntesis estival para la curiosidad inteligente de los amigos de «La Gaceta Literaria». Los amplios horizontes internacionales junto a la reducida actividad de las provincias, diversa proporción, igual simpatía. ¡Qué lejos de su hermana francesa «Les Nouvelles Littéraires», con una columna para la información «de provincias y del extranjero»!

El número 37, 1.º de julio, se abre con una conmemoración del Centenario de Moratín, del catedrático novel Jerónimo Toledano. Un responso al poeta Ramón de Basterra. Una loa del busto de Cervantes por Juan Cristóbal. Originales de Guillermo de Torre, M. Fernández Almagro, E. Salazar y Chapela, Miguel Pérez Ferrero, Cesáreo Fernández, E. Estévez Ortega, R. Ledesma Ramos, Arqueles Vela, Antonio Zambrana, A. de Falgairrolle, M. J. Kahu, Carmen Conde, José Subirá, César M. Arconada, S. Gasch... Un cuento de B. Jarnés. En el «Movimiento literario de la quincena» una postal segoviana, con noticia del número 3 de **manantial**.

Número 38, 15 julio. «12.302 Kms. de literatura», por E. Giménez-Caballero; «El idioma de los argentinos», por Jorge Luis Borges: Originales de Torre, Arconada, Gasch, Fernández Almagro, Chabás, Pérez Ferrero. Un cuento de Orlando Ferrer.

Número 39, 1.º de agosto. Giménez-Caballero, el viajero de la nueva literatura española, nos relata «La etapa italiana» de su último raid. Un poema de Marinetti. Un cuento de O. Vergani. Los colaboradores y las secciones de costumbre (una crítica fina del libro de Romanones, de Fernández Almagro). Un artículo de Francisco Guillén Salaya.

«INDICE» (Revista argentina): BAHIA BLANCA.—Números 18 y 19.—Originales de Marasso, de Borges, Blake, Malespire, Ugoletti... Versos de Ruggero Vasari. Dibujos de Félix Casorati, de Juan Meztzinger.

MEDIODÍA.—SEVILLA.—Prepara un número especial—formato de libro—dedicado a cierto poeta desconocido llamado Bécquer, salvado del romanticismo como el desnudo de la impudicia. Será un número donde abundarán las notas críticas sobre la pureza, modernidad, etc., del lírico paisano de «Mediodía». La confección de este número retrasará un poco las salidas de «Mediodía».

«MUSICALIA» (Revista musical. HABANA.—Número 1.—Junio 1928).

Aparece esta revista «abierta a todos los aires de fuera, aunque profundamente vinculada a las actividades musicales de Cuba» como un bello ejemplo de técnica, entusiasmo y lujo musical. Un limpio ejemplo digno de imitación. Entre su fina colaboración destaca una admirable noticia de Antonio Quevedo sobre el último éxito en París del genial Manuel de Falla. El resto del sumario lo componen: Alejo Carpentier, «El Neoclasicismo en la música contemporánea». Francisco Ichaso, «Música desnuda» y nutridas notas de libros y del extranjero.

PULSO, NUM. 1.—BUENOS AIRES, JULIO DE 1928.—Publicaciones «El Inca».—«Revista del arte de ahora», se subtitula esta «Pulso», un poco taquicárdica, es cierto, pero *novedosa*. Poesía, filosofía, pintura y cinematógrafo tienen eco en la nueva revista argentina. Buen gusto, inquietud y cultura, vértices del moderno triángulo, informan sus páginas, en las que aparecen las firmas de Guglielmini, Amado Villar, Leopoldo Mereche, Macedonio Fernández, Escalabrini Ortiz, Carlos Mastronardi, Roberto Arlt y Silva Valdés. Dibujos de B. Romi y Pérez Ruiz. Colofón: Un interesante «Mercado de ideas» y un buen recuerdo a Pérez de Ayala y a Gerardo Diego.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS.—MADRID: Junio-Julio.—El número 22-23 de esta revista publica «Intimidaciones Americanas» por José María Salaverría; «Interpretación histórica de España Contemporánea», por Pedro Sainz y Rodríguez; «Vieja y nueva poesía» por Antonio Espina. Otros originales de Valvueda Prat, Juan de Almunia, Carmona Menclares, Manuel Abril, Jarnés, Pérez Ferrero. Informaciones.

La nota de Pérez Ferrero acerca de **manantial** es la más justa interpretación que se ha dado a nuestro propósito.

REVISTA DEL ATENEO, JEREZ DE LA FRONTERA. MARZO DE 1928.—Las Escuelas públicas, por F. Carrasco; Décimas, por J. Romero Murube; Alexander Yacovleff, por M. Valstaire; Miscelánea.

REVISTA DE OCCIDENTE. NUM. LX, JUNIO, 1928.—Antonio Espinosa: Momentos de Goya; P. Bosch Gimpera: Problemas de la colonización fenicia en España y del Mediterráneo occidental; B. Jarnés: Sherwood Anderson. S. Anderson: Soy un idiota; Antonio Bermúdez Cañete: Cultura y técnica. Notas de Ortega y Gasset, Sacristán, Fernández Almagro y Marichalar. Anuncia para el próximo invierno un número dedicado a la obra filosófica de Max Scheler.

Núm. LXI, julio, 1928. Jorge Guillén: Varios poemas; Manuel G. Morente: La astrología de los astrólogos; Georg Kaiser: Gas (espectáculo en cinco actos); Leopoldo Ziegler: La desdivinación del mundo; Manuel Abril: María Mallo. Notas de García Gómez, Sánchez Rivero, Jos, Rubio, Chabás y Espina.





Es el monumento que no necesita ser declarado monumento nacional, que lo es por sí y se basta a sí mismo para defenderse.

Nadie lo podrá unir a su propiedad, ni habrá alcalde que hable de su destrucción.

¡Oh, cúspide de los hombres!

En todas las casas están los solares de sí mismas. Sólo en el Acueducto se reúnen las escrituras de todas las vidas, sólo a él se le podrá tomar por testigo.

Es el esperpento máximo.

Es la muleta de Dios.

Es la fachada del futuro.

Es el esqueleto de una montaña.

El día de la resurrección señalará el sitio en que vivimos. No se reconocerán más lugares del mundo que el que señalen él y las pirámides.

Tiene la fisonomía de aquella tarde primera.

Correo del agua.

Entrada principal de Castilla la Vieja.

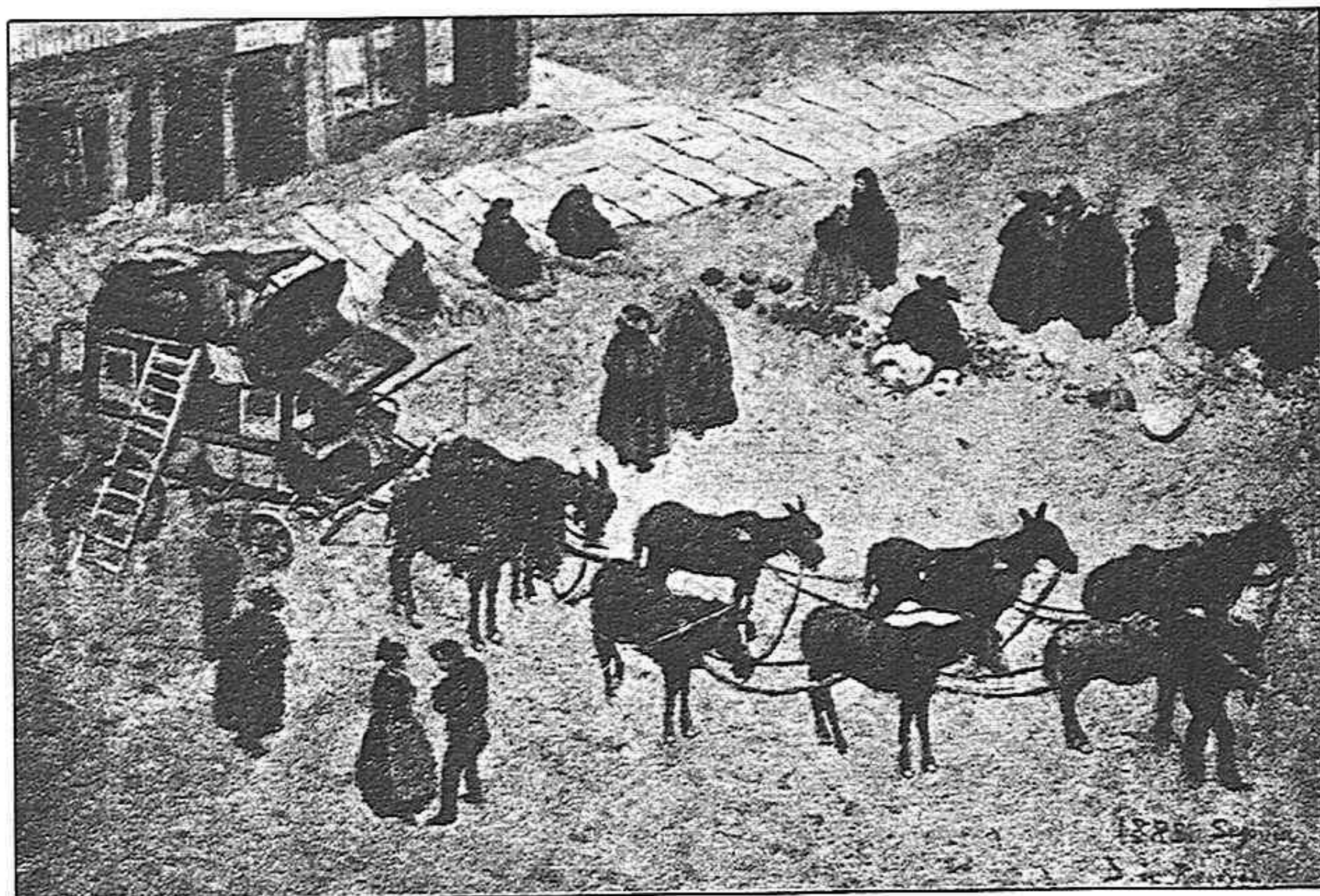
¡Qué autoridad tomaría el cadalso negro frente al blasón de la ciudad!

Está queriendo decir lo que piensa y lo que sabe. Tiene incrustada la verdad. Lo que hay que saber es dar con ella.

¡Me lo está queriendo decir todo!

De la novela «El secreto del Acueducto»

## Darío de Regoyos



## La Diligencia de Segovia



# Del tesoro de la Catedral segoviana



## El retrato de D. Francisco Gutiérrez de Cuéllar en la Capilla de Santiago

Es, con la pequeña colección de primitivos que conservan nuestras iglesias, lo único digno de ser recordado entre las pinturas de la ciudad, pobrísima en esta manifestación artística, aunque tan rica sea en otras. Los sacristanes del templo, suelen enseñarlo a los viajeros como obra de Pantoja. Los que gustan de ir descubriendo por sí mismos las maravillas escondidas, quedan asombrados ante este óvalo, engastado en una pesada máquina renaciente de las que se hacían en Castilla a fines del siglo XVI, y que contiene la efigie, de medio cuerpo, de un caballero anciano, vestido con la elegancia austera de la corte de Felipe II.

La inscripción latina que corre en torno de la figura, nos dice que se trata de D. Francisco Gutiérrez de Cuéllar, fundador de la capilla y cuya calidad de caballero de Santiago pregonaba el hábito de grana que aparece sobre el negro ferreruelo. Un letrero pintado en torno de los muros de la capilla, debajo de la cornisa, enumera, entre sus honores, el de Contador Mayor del Rey.

A fuerza de contemplar tantas veces la figura del viejo hidalgo, ha llegado a serme tan familiar como la de mis dilectos amigos. Hubiera querido saber alguna cosa de su vida, y para ello revolví, en el Archivo Histórico Nacional, los papeles de su expediente de ingreso en la orden de Santiago. Por ellos supe solamente que nació en Segovia hacia 1518 y que se crió y educó en la ciudad. Fueron sus padres Gil Sánchez de Cuéllar, natural de Nava la Gamella, y Aldonza Gutiérrez, nacida en la villa de Cuéllar, en la parroquia de Santa Marina. Por su linaje paterno, don Francisco descendía de la familia Sánchez de Velliza, que era la única noble de Nava la Gamella. En 1548 se llevó a cabo la información para que pudiera vestir la insignia del Apóstol.

La casa del caballero cuyo retrato figura en la capilla de Santiago está en la Canongía Vieja y conserva una portadita herreñana con sus armas. Es aquella en la cual una hornacina y una inscripción recuerdan que en ella se detuvo la imagen de Nuestra Señora de la Fuencisla, sorprendida por la lluvia en una de las solemnes bajadas de la Catedral al Santuario. Esta casa, ante cuyo portón nos imaginamos sin esfuerzo la noble figura

del santiaguista, era en su tiempo el punto de reunión de los collarinos que venían a la ciudad.

La atribución a Pantoja de esta pintura arranca de Ponz, el cual, en el tomo X de su «Viaje de España» (1787) escribe lo siguiente: «En el sotabanco se ve también un bellissimo retrato que representa a D. Francisco Gutiérrez de Cuéllar, y me pareció de Pantoja, de quien por ventura serán igualmente las pinturas de arriba». Quadrado, en sus «Recuerdos y bellezas de España», da en firme la atribución del que llama «incomparable retrato» al famoso pintor de Felipe II y de él la han tomado los innumerables que han bebido en esta fuente. D. Elías Tormo fué el primero en oponerse a ella en su Cartilla Excursionista de Segovia, reputando el cuadro por mejor que lo de Pantoja.

A mí me pareció siempre exacta la opinión de Ponz, que supone de la misma mano el retrato y las dos tablas del retablo (La vocación y el martirio de Santiago), que suelen pasar desapercibidas. Las tres obras revelan un pintor de la escuela escurialense, un tanto amanerado, frío de color, pero muy seguro de dibujo y dueño de la técnica. El estudio de las pinturas, firmadas, en tabla de los retablos laterales de la iglesia de Villacastín (1596) me dió, con bastante probabilidad, una solución al problema: Alonso de Herrera, que era vecino de Segovia en los mismos años (1580) en que se fundaba esta capilla.

Son muy pocos los datos que tenemos de este pintor, único de los segovianos que alcanza alguna nota. Cean Bermúdez dice solamente que fué vecino de Segovia hacia 1579 y que le unió estrecha amistad con Navarrete el Mudo, cuya hija natural crió en su casa. Martí Monsó añade algunos datos sobre su familia y afirma que aún vivía en 1614; fué pintor de Cámara y trabajó en El Escorial para Felipe II. Su obra más conocida son las pinturas del retablo mayor de Villacastín (1590), en el cual colaboró con los excelentes escultores segovianos Mateo de Imberto y Mateo Martínez, de quienes debe de ser también la parte escultórica de este retablo de Santiago. De mano de Herrera son los cuatro lienzos del altar mayor de la parroquia de San Andrés.

Si estas suposiciones mías llegaran a certificarse, el segoviano Alonso de Herrera, tan olvidado, quedaría como uno de los mejores retratistas del siglo XVI.

**EL MARQUES DE LOZOYA**



Mariano Quintanilla

## Aula

Frío y sueño. Tiemblan ocho campanadas.  
El viejo helenista penetra en el aula.  
Espacio seguimos su figura escuálida  
y damos, de Curtius, lección de gramática.  
El magister letras, verdugo del alma,  
al Poeta eterno, con sus reglas mata.  
El hastío entolda de gris la ventana.

Eos milagrosa, de homéricas gracias,  
son, cual las de Néstor, de miel tus palabras,  
besan los oídos tus voces aladas:  
Blancos brazos de Here. De ojos claros, Palas  
Athenea. Thetis, la de pies de plata.  
Iris mensajera. Cejas arqueadas  
de Cryseida virgen. Mejillas rosadas  
de Briseida. Helena, divina y dorada,  
de hermosos cabellos... Diosa nuestra, cantas  
tu resplandeciente belleza de estatua,  
que ahuyenta la triste lobreguez del aula.

Mar multisonoro, tus pupilas glaucas.  
Tus cabellos rubios, el sol de la Ilíada.

Ignacio de Noreña

## Cancionario

1.º

Una reja y unas flores,  
y unos ojos en la reja;  
cosa vieja,  
lugar común de cantores...

¡Mas la reja era tu reja  
y aquellas flores tus flores!

2.º

El agua de la fuente  
¡cómo se estremecía  
cuando tú la besabas,  
niña!

Cuando tú la besabas,  
el agua de la fuente  
¡cómo te acariciaba!

¡Saciar tu sed!  
Lo pudo el agua clara...  
yo no podré.

Lo pudo el agua clara,  
niña morena...  
¡Celos del agua clara  
llora mi pena!

A. Marquerie

1

La hoguera encendida está.  
Si es que el viento la prendió  
el viento la apagará.

2

La vida debe saber  
a emoción, a vino amargo,  
a tabaco y a mujer.

3

Vamos a ver, corazón:  
presente de indicativo  
primera conjugación...

## correo

Pliego de letras cruzadas:  
enrejado de la ausencia,  
cárcel para las miradas.

## más correo

El cartero conocía  
tus sobres, que le mojaban  
las manos de mediodía.

## chist!

Cuando recitéis mi historia  
no hablad de la rosa verde  
del abril de mi memoria.

# Pliego de versos



M. Alvarez Cerón

**Glosario agresivo****1. Glosa de mal de amores**

*Afrenta de amor,  
sin castigo y sin perdón.*

No me quieres perdonar  
y perdón te pido en cruz.  
Corazón tienen las fieras,  
¿no vas a tenerlo tú?

Eres duda en mi conciencia,  
y veneno en mi salud.  
La llama, quemando, limpia;  
sé como la llama tú.

Para sumirme en tinieblas,  
tus ojos me niegan luz.  
Lobo saciado no mata,  
¿y vas a matarme tú?

Pon en tu vaso de odio  
una gota de virtud.  
La rosa hiere y perfuma;  
sé como la rosa tú.

**2. Glosa de amor incauto**

*Albricias, tío,  
mi moza peina siglos.*

¿Te cazó vieja barbuda  
para yantar y yacer?  
En caldero dale bodrio  
aderezado con hiel  
y escáldale el colodrillo  
por debajo del crepé.

¿Garatusea babosa  
arañándote la piel?  
Córtale bigotes, uñas  
(y el pelo que no se ve)  
y tapónale el gollete  
con abrojos y con pez.

¿Te cela zorra comadre  
para mirar y saber?  
Cencerros cádate, majo,  
cencerros de amanecer,  
murga la más propia, para  
con vejistorio yacer.

**3. Glosa de amor loco**

*Amor loco,  
yo para vos y vos para otros.*

Quita, quita, desdichada,  
no me vengas a engañar,  
la flor que para mí quise  
de qué guisa me la das!

Si fué gusto o fué descuido,  
en la intención eso va,  
¡malhaya la torpe mano  
que la supo deshojar!

La puerta que me cerraste  
abierta al camino está.  
Rejas para mí imposibles,  
otros logran traspasar.

Para el amor pasajero  
has florecido el umbral.  
¡Malhaya tu mano, presta  
en herir y en adular!

Tienes para mí suspiros,  
juegos para los demás...  
¡Quita, quita, desdichada,  
no me quieras engañar!

**4. Glosa de la humillada**

*Abájense los adarves  
y alzanse los muladares.*

¿Así te ves, alma mía,  
tan alto como picaste?

Señores por tí soñados,  
hoy son esquivos jayanes,  
que el roble más altanero  
no resiste vendavales.

Mujeres que despreciabas,  
reinas son en sus hogares.  
¿Y eres tú la moza aquella,  
la moza de los adarves?

Digan tus rojos refajos  
de bayeta y tus percales,  
cómo fuiste y cómo eres,  
moza de los muladares.

¡Bien castigan tu altiveza  
boñigas, liendres y males!  
¿Así te ves, alma mía,  
tú que tan alto picaste?

**5. Glosa de amor valiente**

*Olla cabe tizonas  
ha menester cobertera  
y la moza do hay garzones,  
la madre sobre ella*

Ojos hagan centinela  
que, encendiéndose el amor,  
pinten oros, pinten copas...

¡ay...!

...si no lo previene Dios.

Pajarillos en el cielo,  
mariposas en la flor,  
mocitas cabe garzones...

¡ay...!

...si no lo previene Dios.

La madre sobre la moza,  
porque es valiente el amor  
y aun con rejas y guardianes.

¡ay...!

...si no lo previene Dios.

**6. Glosa del mozo avisado**

*Moza mala, quíerela desnuda  
mala y modosita, ninguna.*

Quando eras mala, te quise  
porque no fuiste peor;  
ahora que te llaman buena,  
te he perdido la afición.

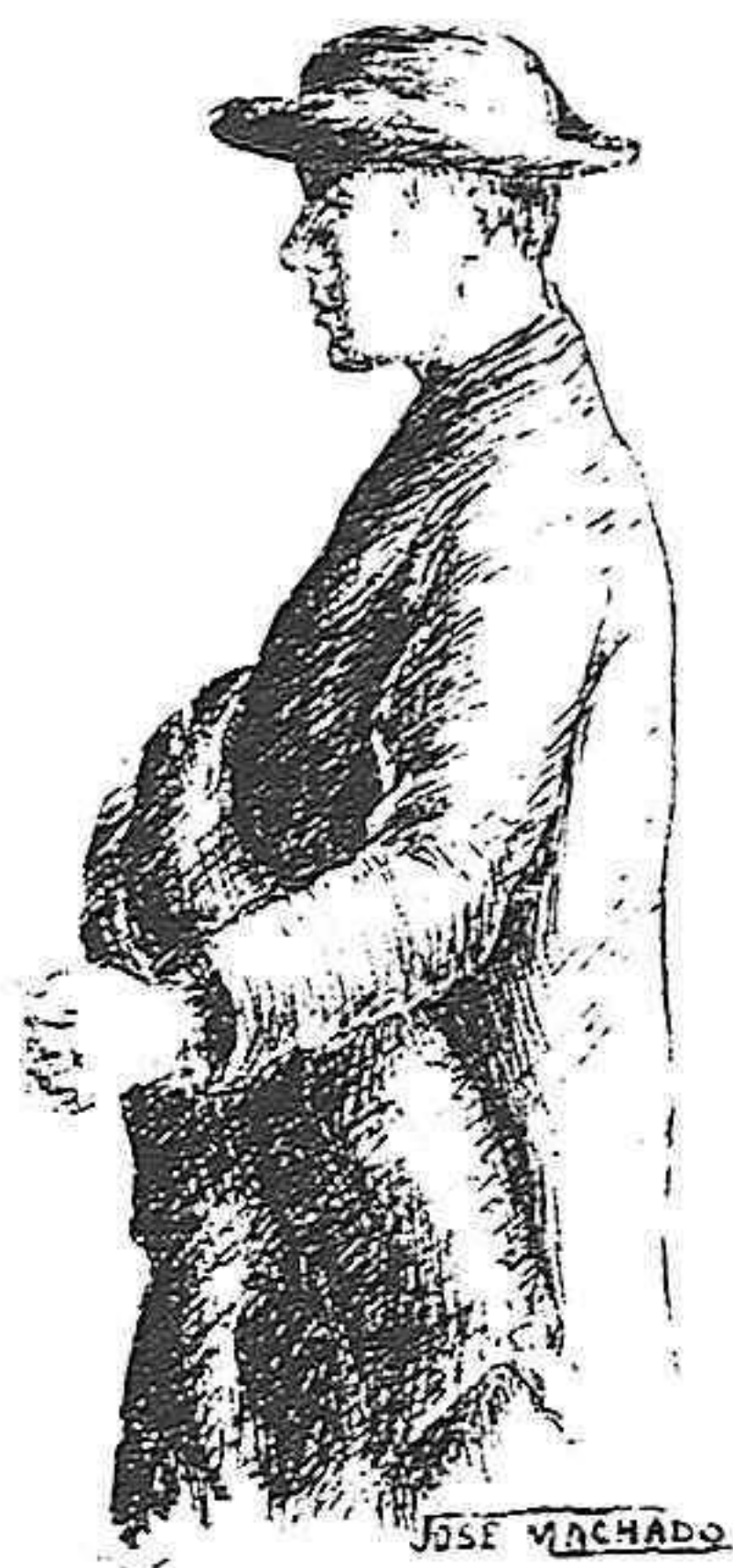
Quién me dice caballero;  
quién, prudente; quién, traidor.  
Huellas del aire en el agua  
ociosas palabras son.

Digan blanco, digan negro,  
que si miento, que si no,  
me gusta más pera en dulce  
que bellota de pitón.

Arbol de tronco podrido,  
desnudo me lo dé Dios;  
con yedra de hipocresía,  
así no lo quiero yo.

**Pliego de versos**





**Dibujos**

**José Machado**



# CIUDAD AUSENTE

Al irse alejando, naufragaban en la niebla opalina torres y espadañas, chopos enhiestos y campo desnudo, todo desaparecía en la luz lechosa de un lento amanecer; moría la ciudad, se disolvía en el horizonte: por un momento todo quedó vacío—el hueco de la ciudad—y el aire quieto en soledad oscura. Fué el instante en que se apagó la presencia real de la ciudad y aun no estaba bastante lejos para que naciese *la otra*, la ciudad ideal, esquema de ciudad, arquitectura de paisaje. Era preciso este instante en que los ojos se quedaron sin la sensualidad de la imagen y el oído sin el murmullo de confusión para que el intelecto gozara plenamente con la auténtica belleza del paisaje desnudo.

Nada perdía la ciudad ausente descarnada de sensual envoltura; viva roca, piedra viva era lo esencial de su materia, y lo demás geométrica ordenación de una peculiar y expresiva geometría. El verde de los árboles y el tostado de los mezquinos triguales se sustituían por una línea ascendente en ritmo de energía y una lisa y compacta superficie, dura faz de una oculta resistencia.

Todas las cosas son allí preludios no más, puntos de partida, problemas para la mirada que se hace ascética; el ojo no descansa en la cara amable de las cosas, es paisaje de inquietud que brinda lucha y esfuerzos, paisaje donde una física pitagórica es más real que la superficial imagen de una pintura impresionista. Por

eso tu verdad, ciudad, está en la ausencia de esta mañana—raso de aire—en que los ojos sin verte te sueñan. Y el aire fino de la sierra, hermano de tu limpia arquitectura, me ayuda a comprender tu arisca desnudez en la áspera alegría de esta hora transparente.

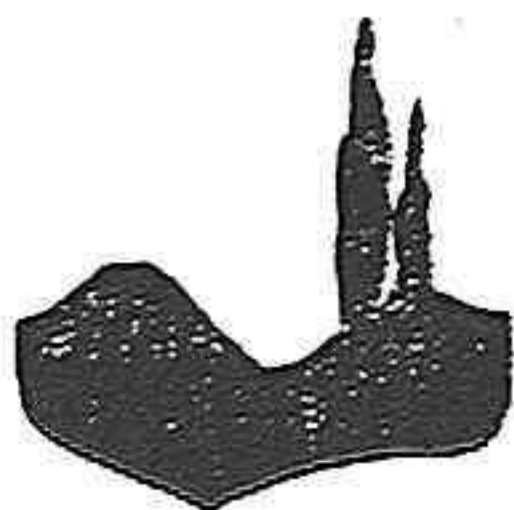
La mirada quieta contempla tu esquema; una lenta escenografía intelectual va borrando los aspectos, el oro de tus tardes, la faz resquebrajada de tus calles, el silencio azul de tus plazuelas en calma, las cobrizas alamedas envueltas en el sonar del río. Y mañanas y ocasos, orgías de color se han hundido por innecesarias. Un equilibrio de fuerzas queda en pié; forma y estructura... y expresión: sin gestos, ni contorsiones, expresión de pura geometría, personalísima y singular.

Y eres en el esquema, tú siempre, la misma, la única: tú esencia no estaba en la imagen, era medida, ritmo de sonidos que no suenan, «música callada». Y el tiempo se ha detenido al borde de sí mismo y te ha mirado sin destruirte, y pasa ligero; tú has quedado desnuda y de pié, alegre y necesaria.

Ahora sólo eres mía y eres ciudad, no caos de edificios y sensaciones; en la ausencia estás ante mí más que nunca, en presencia ideal, llena de gracia en mi intelecto.

Pero la mañana prendida en los campos, vibra ya más deprisa; manchas de sol en arrebatos de velocidad se amasan con negros pinares; se rompe la quietud en mil trozos dispersos; en cada uno una luz, a cada paso una canción, en cada mirada una sonrisa distinta. La unidad está rota, nubes de sonidos nos azotan la cara, y los colores en loca independencia saltan en nuestras pupilas. Puente quebrado; río en zig-zag, pronto las esquinas rotas se fugan de nuestra mirada.

**MARIA ZAMBRANO**





# “Perdéos y hallaros heis,”

Al frente de su «Das Reisetagebuch eines Philosophen» el conde Hermann de Keyserling ha escrito que el camino más corto para encontrarse uno a sí mismo, dá la vuelta al mundo. Interpretamos las palabras del filósofo alemán en el sentido de que tenemos que movilizar el ejército innumerable de nuestras percepciones y abandonando la silente apacibilidad de la posada; interrumpiendo lo cotidiano y doméstico en cuya gris monotonía nos agotamos y desaparecemos; y disgregando el pacífico rebaño de nuestros pensamientos que de ovejas mansas, acordes y sumisas, se truecan en ágiles, orgullosas y dominantes águilas, ir volcándonos fuera de nosotros, caminar entusiastas y al fin, tras de la travesía azarosa por los múltiples caminos del mar, arribar gozosos a lo desconocido, a lo imprevisto, a lo misterioso. Y es precisamente en este torbellino de sorpresas, de contrastes, de tan desconcertantes diferencias, donde, certera y paradójicamente, nos encontramos y nos conocemos más claramente y mejor; porque—ya lo dejamos escrito en otra ocasión—somos más y con más esenciales características, en cuanto nos distinguimos de los demás. El hombre del campo que, con indolente aislamiento, no castigó a sus ojos con el áspero cilicio del tumulto urbano, cuando llega a contemplar el movimiento de la urbe, el multitudinoso y complejo tráfigo ciudadano, la vé mejor, mucho más completa e intensamente que el mismo hombre nacido y habitante de la ciudad; cómo éste, cuando vá accidentalmente al campo, le vé mejor que aquél, y le define y justifica con más lucidez y precisión.

No falta quien se extraña de que el campo, desapareciendo como realidad temática, no haya dejado huellas y señales en las producciones de aquellos de nuestros artistas—en prosa y verso—cuya vida transcurrió durante el agitado período de la dominación de los sarracenos en España. Y no hay por qué volver a extrañarse al ver que siglos antes, en Horacio y otros latinos—porque de la griega y de las demás civilizaciones prescindimos en gracia a la brevedad—se halla para el campo, en oposición a la vida ciudadana, una mayor preferencia y más desarrollada, en ese aspecto, la facultad cognoscitiva. Y es porque el vate de Venusa estaba más cerca e influido por la ciudad—en este caso, Roma—y cuando la ciudad como tal existe—con su impulso y tono centrífugo—el campo, y el conocimiento y el amor al campo, se producen como natural y lógica

consecuencia. Más cuando la vida del hombre, por fatalidad histórica o circunstancia accidental del ambiente, no se desarrolla y queda como invertebrada y sin horizonte—así en la época de la España invadida por los árabes, que comenzó con el estallido de los besos de Rodrigo sobre las mejillas virginales y sonrosadas de la Cava, y que terminó con la fuga del último mahometano recibiendo al atravesar el estrecho la salada brisa del doloroso regreso—el campo, su belleza, y sus encantos, se fusionan y hermanan con el espíritu de tal manera, que lo que gana en íntima comunión y en riqueza sensitiva, lo pierde en elementos de crítica y juicio. Naciendo y viviendo exclusivamente en el campo, no se sabe que se vive en él ni que el campo existe; porque en resumen, si el campo existe es porque existe la ciudad. Como la muerte por la vida, la virtud por el vicio, la paz por la guerra.

A nadie le parecerán confusas y sí claras y razonadas estas afirmaciones. Por eso en torno del tema, las palabras del conde Hermann de Keyserling son de un gran interés para nosotros; coinciden, emparejadas en lo más íntimo de su entraña, con otras que ahora, cazando laboriosamente tras las bandadas de recuerdos, se muestran en los primeros planos de nuestra memoria. Son aquellas que deslizaba—en el reposo y la quietud de una epístola—al oído de una monja atribulada y contrita, el Venerable Maestro Juan de Avila. «No seáis amadora de vos, y seréis amadora de Dios; perdéos, y hallaros heis». A través del tejido laberinto y al final de los extravíos cegadores, se llega al camino recto y a la salvadora orientación. Cuando desapareciendo la luz solar y quedando solamente la escolta de las tinieblas salvadoras, nuestros párpados caen aunque conservamos, cerca del sueño pero no lejos de la consciente lucidez, plena diafanidad de pensamiento, ¿acaso no nos vemos mejor y más fielmente? ¿No es necesario no ver, para vernos? Pues entonces, ¿cómo extrañarse de que para hacer visible nuestro conjunto espiritual; nuestro yo; todos los aspectos y diferencias psicológicas, sea necesario abandonarnos y perdernos, extraviarnos y huir? El efecto es demasiado grato para que no gustemos de esta otra embriaguez: la de huir de nosotros, de alejarnos, para tropezar al fin, contemplándola en todos sus matices, al regreso con nuestra emocionante personalidad.

TEOFILO ORTEGA





# Hojilla de Calendario

1.—1837.—13 de Febrero. Lunes.

Madrid. Llovizna. Al fondo de la calle de Santa Clara, arregostada en sombra y silencio, parpadea la llama amarillenta de un farolillo de gas.

Pasa una máscara, ebria. Tañe, bronca, la campana de la iglesia de Santiago.

Lunes de Carnaval.

2.—Un balcón se entreabre, sigiloso, y una faz pálida, barbinegra, avizora, un rato, en la fría noche.

Torna a cerrarse, silencioso, el balcón.

Una luz dorada, tierna, esclarece, tenuamente, unas cortinillas de muselina blanca. Una sombra angulosa, crece, se quiebra. Desaparece.

Una mano finge el torpe vuelo de un pájaro.

3.—Figaro, pasea, desasosegado, en su cuarto de trabajo. Se detiene. Aviva con la badila de azófar la lumbre del brasero. Un aroma delgado de estoraque se efunde en el estrado.

Esponja, solícito, las fragantes violetas, puestas en floreros de cristal labrado, en la repisa de la chimenea.

Remira el minuterero de su saboneta de oro. Las ocho. Consulta el reloj inglés, colocado en su relojera de tafílete rojo, entre dos candeleros de bronce dorado. Las ocho.

Ante el espejo de tremó, disciplina los nítidos pliegues de su chorrera de encaje, derramada en la solapa de su levita negra. Esponja, displicente, el crespo cope de su peinado. Bosteza.

Ruido de pasos en la calle. Figaro, entreabre el balcón.

Llovizna. Tañe, bronca, la campana de la iglesia de Santiago.

4.—Sentado a la mesa de trabajo, en su sillón de caoba, forrado de badana verde, cuenta, Figaro, las sillas del estrado. Doce. ¿Doce?

Sobre el sillón frontero del sofá: la chistera de felpilla de seda, una caña de bengala con pomo de oro, y los guantes.

Asga una pluma. La blanca cuartilla se va cuajando de palabras escritas al azar. Títulos de artículos satíricos. Y, afinando su breve y pulida letra, escribe un nombre: Dolores Armijo.

5.—La pluma de ave se le resbala de los dedos. Gira y gira, abstraído, el anillo de oro de su anular, con un claro topacio.

Juega, un rato, con la cerillera de caoba, acariciando con los ojos las obras de Quevedo.

Seis tomos en pergamino, dorados por la lumbre cremosa del quinqué. (Mesonero Romanos, le sonríe, en un rincón de la memoria, empañada su mirada, bonachona y ladina, por los finos espejuelos de oro).

¿Vendrá?

6.—Fulgen en sus manos las despabiladeras de plata. Cercena el pábilo de una bujía. Y se vé triplicado en el espejo.

Juan Pérez de Murgía, a la derecha. Figaro, en el centro. Andres Niporesas, a la izquierda.

Sonríe tamborileando en los botones de filigrana del chaleco ombligüero.

Alza las curvas cejas. Entorna los párpados, macedos de sombras violetas. En el fondo del espejo: ELLA.

Se torna confusa la visión. Se desvanece.

Figaro, reclina la cabeza, aspirando con delicia, lento, lento, la esencia de rosa de Witiber dormida en la solapa de moaré.

¿Cuánto tiempo ha pasado?

7.—Suena un campanillazo. Un criado alza un cortinaje verde.

Figaro, se adelanta, confundido, al encuentro de las damas. Saluda, cortés, reservado.

(La amiga aguardará en la antesala el término de la entrevista).

Ella, en pié, pálida, desdeñosa. Peineta de teja y mantilla. Abrigo de gro, abullonado, crujiente. Partida en dos crenchas la mata de ébano del cuello. (La cálida morenez esenciada de rosa de Bengala).

En la mano, que revuela los encajes del seno, se aviva el terciopelo rojo punzó de una pulsera. Dos esmeraldas, fulgen, en los rosados lóbulos de las orejas.

Figaro, la besa, ahincadamente, en los dedos.

Ella, le esquiva la mano.

Alguien cierra la puerta.

8.—Un cuarto de hora ha transcurrido.

—Gracias. Y, ahora ¡adiós!

—¿Ya nunca?

—Adiós.—Y sale.

Precipitado taconeando bajando la escalera.

9.—Irremediable. Figaro, se queda solo.

Una franja verde, rosada, le venda los ojos. Vacila.

Se apoya en el respaldo del sofá, contra el espejo. Ni se vé.

Se crispa en un dolor convulso su corazón de veintisiete años. La mano—su mano pálida y nerviosa—aferrada al pecho noble.

Ella, aún.

Empuña una pistola, de espaldas al espejo.

Dispara.

Afuera llovizna. Cruza un tropel vocinglero de máscaras, Tañe, bronca, la campana de la iglesia de Santiago.

Lunes de Carnaval.

**J. GONZALEZ DEL VALLE**





# CINTA MÉTRICA

Faena deliciosa y expresiva es la de *Madame* cuando toma a una de sus clientes las medidas para el nuevo vestido: Delimitar, fijar, reducir a números, después a líneas, el cuerpo de una mujer y aprisionarlo en una fórmula matemática. Hasta que vosotros no veáis esta operación hecha sobre vuestra amada, no os daréis cuenta de lo que ella vale. Me refiero a la amada, aunque no hay porque excluir la operación. La cinta métrica se tiende impasible y canta un número—Ella está quieta. La cinta corre sobre su cuerpo. ¡Qué emoción la nuestra en tanto nos llega el sonido de la voz que define el número! Cada número de estos es de una lotería que vamos jugando en el cartoncillo cuadrulado de nuestro corazón...—después, otro; cuatro, cinco... Ahí está el cuerpo. Y luego, cubileteando con esos números, sacar la lujosa caricia con que vestirlo de apariencias diversas.

El amante debe coleccionar, para su placer, las me-

didias anuales tomadas por la modista de su amada; y por el zapatero de su amada; y por la dama que la provee de fajas y de *soutien gorges*.

En París y en la casa esa de la cual envían los niños, hay un director que es no más que un formidable matemático, pues a los bebés se les inyectan los números que han de desarrollar luego en su vida. Pero el gran matemático es un poco holgazán y no va todos los días a la oficina, delegando el trabajo en ayudantes sin talento; razón por la cual se ve tanto desequilibrio, o, lo que es peor, tanto equilibrio falso, porque es momentáneo—engañador, cimbelista, sirve sólo para atrapar, ¡Ojo con él!—que después se derrumba.

La Muerte lleva siempre un gancho de trapero—la gente lo ha creído guadaña—para escarbar y descubrir entre las cenizas, los restos de los números armónicos y coleccionarlos en su Gran Museo.

**ANTONIO PORRAS**





## Romántica invocación a la tristeza

«Vieja colección de «ESPAÑA-1915.»—Húmedo caserón de la calle del Prado.»

Con estas palabras parece que algún día aparecerá descrito, en una novela de Pío Baroja, el ambiente de estos días de 1915, que para mí tienen el encanto de la juventud y aún de la adolescencia. Las primeras noticias ciertas y con algún discernimiento de las cosas literarias, las tuvimos por aquella revista «España-1915». Yo he estado después en aquel viejo caserón de la calle del Prado. He escrito en las mismas mesas en que se redactó aquella revista. Este recinto es como el último refugio de una literatura generosa y desmedida. Los más jóvenes no pueden entender esto. No pueden entender que sea más grato para mí uno de estos caserones casi desmantelados, que una redacción con divanes donde podría sentarse sin desdoro la Pompadour, y ornada con muebles chinoscos. La España que viene es así. Y yo, con mis treinta años, soy el rapsoda de una época desaparecida.

Aquellos limpios elzevirianos que decían

# ESPAÑA

## 1915

fueron para nosotros—para mí—últimos románticos de una época de candidez y de ingenuidad—que creímos que la literatura era un arte—una revelación y una resonancia. Era yo muy joven y muy dispuesto a la admiración.

Por «España-1915», y gracias al lápiz de Bagaría, hemos visto de nuevo al pequeño filósofo, que nos describía a *El Licenciado Vidriera*. Hemos visto a Baroja, meditabundo, con una frente casi tan amplia como la tela de su gabán; hemos visto a Valle Inclán, el verdadero apóstol Sant Yago de las letras modernas; he-

mos visto a Unamuno, y sus ojos de legítimo buho de Minerva, que hoy dan luz en tierras que no son extrañas... En fin, señores, esto ya está bien.

# ESPAÑA

## 1915

Unos cuantos hombres maduros, venidos recientemente del extranjero, decidieron publicar una revista. Esta revista fué «España-1915». Los indígenas, naturalmente, la miraron con prevención. Enseguida la calificaron como la revista de los intelectuales. Revueltas con ideologías aún no aclaradas, llegaban noticias de escritores nuevos de Europa. Era como una ventana abierta sobre el Pirineo. Todas estas cosas están ya algo lejos—por lo menos en la apariencia; tan lejos como la guerra europea. Era un renacimiento del romanticismo. El cartel que anunciaba la aparición de la revista, con su caballero de chistera y de capa, era un legítimo caballero del tiempo de Larra. Lo que después vino fué el caos. Y aún este caos espera que alguien saque un mundo de él. Aún Marinetti no era más que un espectáculo curioso. Sus proclamas nos hacían el efecto del anuncio de un específico. Y nunca supusimos que nadie, por muy falto de «sagesse» que estuviera, las pusiese en práctica. La realidad—como tantas veces—nos ha desmentido; véase Musolini.

Románticas, monótonas rapsodias de acordeón, de Baroja. Viejos pataches. Pueblos dormidos, tantas veces evocados, ya advocados definitivamente a la literatura azorinesca. Románticas sonatas valleinclanescas: *La pobre Concha se moría...* Todo esto tenía un último e irradiante fulgor, que a nosotros, muchachos, nos maravillaba. Todo esto iba a morir. Un viento bárbaro lo iba a matar. Y la ventana para que, en la estancia, se colara aquel viento, había sido abierta por un elegante filósofo—José Ortega y Casset.

JAIME IBARRA

